

Capítulo uno

Escocia, primavera de 1475

¿Qué hacía un ángel al lado del hermano Matthew?, pensó Liam mientras observaba con los ojos entrecerrados a la pareja que lo contemplaba con el ceño fruncido. ¿Y por qué no podía abrir los ojos? En ese momento notó el dolor y gimió. El hermano Matthew y el ángel se inclinaron hacia él.

—¿Crees que vivirá? —preguntó el hermano Matthew.

—Sí —contestó el ángel—, aunque me da la impresión de que durante un tiempo deseará no haberlo hecho.

Era raro que un ángel poseyera una voz que despertaba en un hombre la imagen de un dormitorio iluminado por la luz del fuego, de un cuerpo femenino desnudo y de unas mullidas pieles, concluyó. Intentó alzar la mano, pero descubrió que el dolor que sentía al realizar cualquier movimiento era insoportable. Tenía la sensación de que le hubiera pasado un caballo por encima. O tal vez varios. Y muy grandes.

—Es guapo —dijo el ángel mientras le pasaba una mano suave y pequeña por la frente.

—¿Cómo puedes decir que es guapo? Por su aspek-

to, parece que alguien lo hubiera clavado en el suelo para que lo pisoteara una manada de caballos.

El hermano Matthew y él solían coincidir mucho en sus conclusiones, recordó. Era uno de los pocos monjes a los que había echado de menos tras abandonar el monasterio. Descubrió que echaba de menos el suave roce de la mano del ángel. Aunque sólo había sido un momento, al tocarle la frente había logrado aliviar parte del dolor que lo inundaba.

—Sí, eso parece —afirmó el ángel—. Pero de todas formas se ve que es alto, delgado y bien formado.

—¡No deberías fijarte en esas cosas!

—¡Cállate, primo, no estoy ciega!

—Cierto, pero de cualquier modo no está bien que lo hagas. Además, no está en su mejor momento.

—*Och*, desde luego. Aunque estoy pensando que en su mejor momento tiene que estar muy bien, ¿verdad? Quizá tanto como el primo Payton... ¿Tú qué crees?

El hermano Matthew soltó un resoplido desdeñoso.

—Mejor. Si te digo la verdad, ése fue el motivo por el que siempre supe que no se quedaría con nosotros.

¿Qué tenía su aspecto físico para que alguien creyera que la vida religiosa no era apta para él? Le parecía una opinión de lo más injusta, pero descubrió que era incapaz de decirlo en voz alta. Pese al dolor, podía pensar con lucidez. Lo que no podía hacer era expresar sus pensamientos en voz alta ni hacer movimiento alguno para indicarles a esos dos que los estaba oyendo hablar de él. Aunque pudiera mirarlos con los ojos entrecerrados, estaba claro que no tenía los párpados lo suficientemente abiertos como para que se dieran cuenta de que estaba despierto.

—¿Nunca pensaste que su vocación era verdadera?
—preguntó el ángel.

—No —respondió el hermano Matthew—. Bueno, le gustaba mucho aprender y era listo y muy brillante, pero aquí sólo podíamos enseñarle hasta cierto punto. Somos un monasterio pequeño, no uno rico, y tampoco somos un gran centro del saber. Además, creo que esto le parecía demasiado silencioso, demasiado tranquilo. Echaba de menos a su familia. Los conozco y lo entiendo. Una caterva de hombres bulliciosos y, en cierto modo..., bueno, salvajes. Los conocimientos que podía obtener aquí calmaron durante un tiempo su inquietud, pero al final resultaron insuficientes. Creo que la sosegada rutina y la monotonía de los días acabaron haciendo mella en su espíritu.

Era sorprendente comprobar hasta qué punto su viejo amigo lo conocía y lo entendía. Durante su estancia en el monasterio se había sentido inquieto; de hecho, se podía decir que aún se sentía así. La tranquilidad del lugar y la rigidez horaria que caracterizaba la vida monástica habían comenzado a abrumarlo hasta el punto de que le resultaron asfixiantes en lugar de relajantes. Además, añoraba a su familia. En ese momento se alegró de no poder hablar, porque se temía que habría acabado preguntado por ellos como si fuera un niño desamparado.

—Es duro —dijo el ángel—. Me sorprendió mucho que tú te adaptaras tan bien a esta vida. Pero tu vocación sí es verdadera, ¿a que sí?

—Sí que lo es —contestó el hermano Matthew en voz baja—. Desde que era un niño. Pero no creas que no os echo de menos, Keira. Os echo muchísimo de menos, pero somos una hermandad, hemos creado una

especie de familia. Aunque es posible que vaya a veros dentro de poco. Llevo un tiempo pensando en los críos, en lo mucho que habrán crecido, y en los adultos, si están bien, si están sanos... Y en muchas otras cosas por el estilo. Hay sentimientos que las cartas no pueden transmitir.

—No, tienes razón. —Keira, el ángel, suspiró—. Yo también los echo mucho de menos, y eso que sólo hace seis meses que me fui.

Keira... Liam repitió el nombre en su mente. Un nombre bonito. Intentó mover el brazo a pesar del dolor, y el pánico amenazó con consumirlo al ver que no obedecía sus órdenes. En ese momento se percató de que estaba atado a la cama, cosa que multiplicó su inquietud. ¿Por qué lo habían atado? ¿Por qué no querían que se moviera? ¿Tan graves eran sus heridas? ¿Acaso se había equivocado al pensar que le estaban prestando ayuda? ¿Lo habían hecho prisionero? Mientras esas preguntas cruzaban por su mente, intentó olvidarse del dolor lo suficiente como para librarse de las ataduras que lo inmovilizaban. El dolor fue tan brutal e inmediato que gimió al punto. Se relajó cuando notó el roce de unas manos suaves en la frente y en el pecho.

—Creo que está empezando a despertarse, primo —dijo Keira—. Tranquilo, señor. No os mováis.

—Atado... —masculló con los dientes apretados, y el dolor que le provocó pronunciar esa única palabra le indicó que tenía la cara destrozada—. ¿Por qué?

—Para inmovilizarte, Liam —le contestó el hermano Matthew—. Keira no cree que tengas huesos rotos, salvo la pierna derecha, pero no parabas de moverte y temíamos por ti.

—Sí —confirmó la mujer—. Os dieron una paliza

brutal, señor. Es mejor que no os mováis para que no empeoréis las heridas ni el dolor. ¿Os duele mucho?

La ridícula pregunta hizo que mascullara un impropio muy malsonante. Escuchó que el hermano Matthew jadeaba por la sorpresa. Sin embargo, Keira se echó a reír por lo bajo.

—Sí, ha sido una estupidez preguntaros eso —afirmó con un deje risueño en esa voz tan sensual—. No parece haber una sola parte de vuestro cuerpo que no esté cubierta de cardenales. Además, tenéis la pierna derecha rota. Es una fractura limpia y he colocado el hueso en su sitio. Han pasado tres días y no hay señales de veneno ni en la herida ni en la sangre, así que deberíais sanar bien.

—Liam, soy el hermano Matthew. Keira y yo te hemos traído a la cabaña. Los hermanos no le permitían tratarte las heridas entre los muros del monasterio. —Suspiró—. Tampoco les hizo mucha gracia su presencia, y eso que la escondimos bien en la hospedería. El hermano Paul está especialmente molesto.

—¿Molesto? —murmuró Keira—. La prima Elspeth diría que está...

—Sí —la interrumpió bruscamente el hermano Matthew—, sé lo que habría dicho la prima Elspeth. Me parece que ha pasado demasiado tiempo entre esos ingobernables Armstrong. Tiene una lengua muy suelta para ser una dama respetable.

Keira resopló con desdén.

—¡Madre mía, primo, te has convertido en un santurrón!

—Por supuesto. Soy un monje. Nos educan para ser santos. Y ahora te ayudaré a darle a Liam algún brebaje o a cambiarle las vendas, si quieres, porque tengo que volver al monasterio.

—Ahora que lo dices..., será mejor que le preguntes si quiere hacer sus necesidades —dijo ella—. Yo esperaré fuera mientras tú lo atiendes. Me parece lo mejor una vez despierto. Voy a la huerta a buscar unas cuantas hierbas, pero no tardaré.

—¿Qué quieres decir con eso de «una vez despierto»? —exigió saber el hermano Matthew, que no tardó en gruñir irritado al ver que su prima se marchaba dejándolo con un palmo de narices—. Muchacha insolente...

—¿Primo? —le preguntó Liam al monje, y se dio cuenta de que además de la garganta, tenía malheridas la mandíbula y la boca.

—¿Primo? ¡Ah, sí! La muchacha es mi prima. Tengo una horda de primos, si te digo la verdad. Es una Murray.

—¿De Kirkcaldy?

—Sí. Como yo. Su abuela también lo era. Y ahora, por mucha delicadeza con la que lo haga, me temo que esto va a dolerte.

Efectivamente. Estaba convencido de que incluso gritó en un momento dado, aunque sólo consiguió empeorar el dolor. Cuando la oscuridad se abatió sobre él, la acogió con los brazos abiertos, tal y como estaba seguro de que hizo el hermano Matthew, empeñado en disculparse.

—¡Ay, Dios! Parece un poco más pálido —dijo Keira mientras dejaba en una mesa las hierbas que había recogido y se acercaba a la cama en la que Liam estaba inmovilizado.

—Todavía sufre unos dolores horribles y me temo que lo he empeorado —replicó el hermano Matthew.

—No podías hacer nada, primo. Está mejor, te lo aseguro, pero esas heridas tardarán en sanar. Ni una sola parte de su cuerpo se ha librado de los golpes. Es un milagro que sólo tenga una pierna rota.

—¿Estás segura de que sólo lo golpearon?

—Sí, lo molieron a palos. Estoy segurísima. Pero también pudieron despeñarlo por la loma. Algunas heridas podrían haber sido provocadas por la pendiente pedregosa por la que cayó y por el golpe al llegar al suelo, también pedregoso. Supongo que no ha podido decirte qué le sucedió, ¿verdad?

—*Och*, no. No ha dicho nada aparte de un par de palabras antes de soltar un grito de dolor y quedarse tal cual está ahora. —Meneó la cabeza—. Ojalá entendiera qué ha pasado. ¿Quién podría hacerle tanto daño a un hombre así? Hacía mucho que no lo veía, desde que se fue, pero Liam no tenía por costumbre ir haciendo enemigos. Y mucho menos tan crueles.

—Sospecho que los celos son un problema con el que tendrá que lidiar a menudo —dijo ella mientras comprobaba de forma distraída la resistencia de las ataduras que lo inmovilizaban antes de observarlo con detenimiento.

El hermano Matthew la miró con el ceño fruncido. Parecía demasiado interesada en Liam Cameron, más de lo que una sanadora debería interesarse por su paciente. Una sanadora no tenía por qué acariciarle el pelo a su paciente con tanta frecuencia como Keira acariciaba el oscuro cabello pelirrojo de Liam. Era evidente que éste no estaba en su mejor momento y que parte de su apostura se había visto afectada por la severa paliza, pero saltaba a la vista que ese cuerpo y ese rostro magullados aún conservaban suficiente encanto como para llamar la atención de Keira.

Intentó verla como a una mujer adulta y no como a la prima con la que había jugado de pequeño. Abrió un poco los ojos al darse cuenta de que ya no era aquella niña juguetona, sino una mujer muy atractiva. Su complexión era delicada, y su estatura, pequeña. Sin embargo, su aspecto era innegablemente femenino gracias a las agradables curvas de sus senos y de sus caderas. Su pelo era de un negro brillante y lo llevaba recogido en una gruesa trenza que caía más allá de su delgada cintura. El intenso tono de su cabello resaltaba la delicadeza de su cutis, blanco como la leche y de mejillas saludablemente rosadas. Su rostro ovalado poseía una belleza exquisita, con una nariz pequeña y recta, una barbilla que delataba la fuerza de su carácter, y unos pómulos altos y elegantes. Sin embargo, lo que llamaría sin duda la atención de un hombre eran sus ojos. Bajo unas cejas oscuras delicadamente curvadas y rodeados por unas pestañas espesas y largas, destacaban sus maravillosos ojos verdes. Unos enormes ojos que revelaban su inocencia, pero que ocultaban en sus profundidades los misterios femeninos que despertaban la curiosidad de todo hombre. Lo sorprendió un poco darse cuenta de que su boca, ancha y de labios carnosos, adolecía de la misma contradicción. Su sonrisa podía ser el epítome de la inocencia más tierna y, al mismo tiempo, cualquier hombre de mundo sería capaz de ver la sensualidad que el gesto implicaba. De repente, temió haber cometido un tremendo error de juicio al permitirle atender a un hombre como Liam Cameron.

—Primo, estás frunciendo el ceño —le dijo ella mientras se apartaba para preparar un poco más de unguento con el que trataba las heridas de Liam—. No va a morir, te lo prometo. Pero tardará mucho tiempo en curarse.

—Te creo. Es que, bueno, una de las cosas que Liam no llevaba muy bien de la vida monacal era..., en fin...

—Que no había muchachas a las que sonreír. —Ella rió al ver la severa expresión que tan mal encajaba en un rostro de apostura casi juvenil—. Al igual que le pasa al primo Payton, creo que este hombre tiene mano con las mujeres. Sí. Le basta con sonreírles.

—Creo que ni siquiera eso —masculló el monje con voz gruñona.

—Cierto, es posible. Vamos, primo, no te preocupes tanto. Ahora mismo no representa ningún peligro para mí, ¿no crees? Además, cuando esté lo suficientemente curado como para volver a reír, sólo representará un peligro si yo se lo permito. Sabiendo con quién me he criado deberías suponer que me conozco al dedillo las triquiñuelas de los hombres, ¿no te parece? —Miró a Liam—. ¿Es un hombre malo? ¿Un desalmado seductor de inocentes?

El hermano Matthew suspiró.

—No, jamás creería algo así de él.

—En ese caso, no hay nada por lo que preocuparse, ¿verdad? Es mejor que nos preocupemos por otros problemas. Son mucho más importantes que discutir si seré capaz de resistirme o no a las dulces sonrisas de un hombre guapo. Llevo aquí casi dos meses, primo. No ha habido ni rastro de mi enemigo, así que creo que debería intentar regresar a Donncoill.

—Lo sé. Me sorprende mucho que ninguno de tus familiares haya venido a por tí. Es raro que no se pregunten por qué pasas tanto tiempo en un monasterio o por qué te lo permiten los monjes.

A Keira le asaltaron los remordimientos, pero los desterró. Había permitido que su primo siguiera pen-

sando que se había puesto en contacto con su familia cuando no era así.

—No es extraño que los huéspedes, ya sean hombres o mujeres, se demoren en la hospedería, y yo pago bien por el privilegio. —Sonrió y le dio a su primo unas palmaditas en el brazo al ver que se ruborizaba, abochornado por esa innegable verdad—. Ha merecido la pena. Necesitaba ocultarme y curarme las heridas. Necesitaba sobreponerme al miedo y al dolor. Necesitaba estar segura de que, cuando regresara a casa, no iba a llevar hasta las puertas de Donncoill a ese asesino malnacido de Rauf.

—Keira, tu familia te protegerá. Es su obligación y también su derecho. Créeme, no les hará gracia descubrir que les has negado ambas cosas.

Esas palabras hicieron que torciera el gesto.

—Lo sé, pero ya me encargaré de eso a su debido tiempo. Además, tengo que decidir qué hacer. Le hice una promesa a Duncan y debo pensar cómo cumplirla y cuáles serán las consecuencias para mí.

—Sé que no va a ser fácil. Rauf es astuto y cruel, y le juraste a tu marido que te encargarías de que su gente no sufriera bajo su yugo si perdía la lucha aquella noche. Y perdió. Murió, Keira, así que tu promesa equivale a la que se hace en el lecho de muerte de cualquier hombre. Tienes que hacer todo lo posible para honrarla. —Le dio un beso en la mejilla y se alejó hacia la puerta—. Hasta mañana. Que duermas bien.

—Tú también, primo.

En cuanto se fue, soltó un suspiro y se sentó en una silla cerca de la cama de Liam Cameron. Su primo hacía que todo pareciera fácil. Ojalá lo fuera. La promesa que le había hecho a su desventurado marido pesaba en su

conciencia y en su corazón como una losa. Al igual que lo hacía la suerte de los habitantes de Ardgleann. Duncan se había preocupado por su gente, un curioso aunque extraño grupo de personas muy generosas. Estaba muy preocupada por lo mucho que debían de estar sufriendo bajo el yugo de Rauf. Rezaba por ellos todas las noches, pero no acababa de librarse de los remordimientos por haberlos abandonado al huir. Aunque algunas de las exigencias que le hiciera Duncan aquella noche no le parecían correctas, los habitantes de Ardgleann no podían esperar mucho más tiempo mientras ella debatía las complejidades morales del asunto. Ya era hora de que hiciera algo. Desde luego que sí.

Lavó a Liam utilizando un paño suave y agua fría. No tenía fiebre, pero los paños parecían aliviar su malestar y esto lo ayudaba a descansar mejor. Era un hombre fuerte, y estaba segura de que seguiría recuperándose. Sería mejor que ya hubiera decidido qué hacer con Rauf y Ardgleann cuando estuviera en condiciones de cuidarse solo. En cuanto supiera por qué le habían hecho daño y estuviera segura de que nadie lo había seguido para rematarlo, lo dejaría al cuidado de los monjes y enfrentaría su propio destino.

La idea de abandonarlo le produjo una súbita punzada de dolor y estuvo a punto de echarse a reír por esa sensación tan absurda. Estaba morado de los pies a la cabeza y apenas había dicho tres palabras en otros tantos días. Suponía que sentía un vínculo especial con él porque fue ella quien lo encontró. En realidad, lo había encontrado movida por una extraña mezcla de sueños y compulsiones. Había sido un poco aterrador porque, aunque ya había tenido experiencias similares en el pasado, jamás había visto imágenes tan claras ni había sen-

tido un impulso tan fuerte. Todavía era incapaz de zafarse de la impresión de que debía hacer algo más por él, aparte de ayudarlo a recobrase de las heridas.

—Tonterías —murmuró, meneando la cabeza mientras lo secaba con un paño.

Tal vez debiera mandarle un mensaje a su familia, concluyó y se dispuso a preparar un caldo sabroso para que comiese cuando se despertara. Por lo que su primo le había contado, la familia de sir Liam era más que capaz de protegerlo. No obstante, descartó la idea por la misma razón que le había dado a su primo al sugerir que mandaran llamar a los Cameron. Era posible que sir Liam se opusiera, que se negara a involucrar a su familia en el problema en el que estuviera metido. Lo entendía, porque ella también titubeaba a la hora de involucrar a su familia en sus problemas.

Y eso, sospechaba, también era absurdo. Porque no había hecho nada malo. No era responsable del problema ni había incitado nada. Si algún miembro de su familia se encontrara en semejante aprieto, ella estaría dispuesta a prestarle ayuda. Motivo por el cual ese hipotético pariente en problemas dudaría a la hora de decirle nada, concluyó de pronto con una sonrisa fugaz. Intentar mantener a salvo a los seres queridos era algo instintivo. Cuando su familia descubriera la verdad, se enfadaría, tal vez incluso se sentirían dolidos u ofendidos, pero acabarían comprendiéndola. Porque sabrían, en el fondo de sus corazones, que ellos habrían hecho exactamente lo mismo en su lugar. Y si ese hombre mantenía con los suyos una relación tan estrecha como su primo había afirmado, sería de la misma opinión, se dijo mientras se sentaba a la mesita emplazada cerca del fuego. La última vez que vio a su prima Gillyanne, escu-

chó unas cuantas cosas sobre los Cameron. Y, aunque el fin era divertir a la gente con las historias, éstas habían revelado que los Cameron eran una familia tan unida como la suya.

Además, tenía que pensar en el orgullo masculino de sir Liam. Indudablemente, que lo hubieran tomado por un hombre incapaz de cuidarse solo lo enfurecería. No, decidió. No era una buena idea enviar un mensaje a su familia sin contar con su consentimiento.

Después de la cena, compuesta por pan, queso y venado frío, se dio un baño rápido y se acomodó en un jergón al lado del fuego. Con la vista clavada en las llamas, aguardó a que la venciera el sueño. Aborrecía ese momento de la noche, aborrecía el silencio y aborrecía que el sueño la eludiera y la dejara a solas en el silencio de la noche, con sus recuerdos. Por más que lo intentara, era incapaz de librarse de los siniestros recuerdos. Lo único que conseguía era reprimirlos un rato.

Duncan había sido un hombre bueno, medianamente guapo y amable. No lo había amado, detalle del que todavía se sentía culpable, aunque poco podría haber hecho para remediarlo. A los veintidós años decidió que no podía seguir esperando la aparición de un amor maravilloso y apasionado. Quería hijos y un hogar propio. Ciertamente quería mucho a su familia, pero llevaba un tiempo deseando volar sola, elegir su propio camino. El matrimonio no siempre liberaba a las mujeres, pero su instinto le dijo que Duncan jamás intentaría subyugarla. Él buscaba una compañera de verdad, y consciente de lo inusual de ese deseo, lo aceptó en cuanto le pidió matrimonio.

Todavía recordaba las dudas de su familia, sobre todo las de su abuela, lady Maldie, y las de su prima Gillyan-

ne. Gracias a sus dones, ambas sabían que no amaba al hombre con el que iba a casarse. Habían percibido su inquietud. Una inquietud que ni siquiera ella comprendía. En esos momentos no estaba segura de que los suyos hubieran hecho bien al no presionarla, al no echarle una buena regañina. Porque habían respetado su decisión. Su propia decisión.

La inquietud que se había apoderado de ella desde que aceptó casarse con Duncan todavía era un misterio. Logró contenerla y acabó casándose con él, pero apenas habían pasado unas horas de la boda cuando comenzaron los problemas entre ellos, y sólo llevaban unos días en Ardgleann cuando comenzaron los problemas con Rauf. En aquel momento, pensó que ésa era la explicación del extraño desasosiego que la embargaba, pero ya no estaba tan segura. Sus instintos le decían que el misterio estaba aún sin resolver.

Estaba relajada y a punto de dormirse cuando la sobresaltó el repentino grito que soltó sir Liam. Abandonó el jergón y, mientras se colocaba bien el camisón, corrió hacia la cama, donde lo encontró tirando de las ataduras al tiempo que profería una retahíla de insultos a unos enemigos que sólo él veía. Le acarició la frente y comenzó a murmurarle muy despacio, diciéndole dónde estaba y quién lo estaba cuidando, y asegurándole que estaba a salvo. La rapidez con la que se calmó fue sorprendente.

—¿Jolene? —lo escuchó susurrar.

Se preguntó por qué la irritaba tanto que pronunciara el nombre de otra mujer.

—No, soy Keira —contestó al tiempo que le cubría una mano para intentar que dejase de tirar de las ataduras.

—Keira —repitió él mientras le aferraba la mano—. Sí. Keira. Morena. Me confundí. Pensé que estaba en casa. En Dubheidland.

—¡Vaya! ¿Es vuestra sanadora? —Intentó zafarse de sus dedos, pero no hubo modo de que la soltara, así que acabó sentándose en la silla.

—La esposa de Sigimor. La señora de Dubheidland. Creí que estaba en casa.

—Ya lo habéis dicho. Si queréis, puedo daros algo que alivie el dolor.

—No. Creí que habían vuelto a capturarme.

Saltaba a la vista que ni siquiera podía hablar, pero Keira no pudo morderse la lengua y le preguntó:

—¿Recordáis lo que os sucedió?

—Me capturaron. Me golpearon. Me despeñaron. ¿Me encostrasteis?

—Sí. Mi primo, el hermano Matthew, y yo.

—Bien. A salvo.

—Sí, aquí estáis a salvo. —Intentó zafarse otra vez de su mano, pero fue en balde.

—Quedaos. —Suspiró él—. Por favor. Quedaos.

La debilidad que la instaba a complacerlo la irritó. Acercó con cuidado la silla a la cama para poder adoptar una postura más cómoda hasta que le soltara la mano. Al cabo de un rato en silencio, Keira se preguntó si se habría quedado dormido, pero aún la sujetaba con fuerza. Para su asombro, notó que él le acariciaba el dorso de la mano con el pulgar. La ternura que el gesto despertó en su interior la alarmó un tanto, pero fue incapaz de detenerlo.

Esto no está bien, se dijo. El roce del dedo de un hombre en la mano no debería provocarle ningún sentimiento. Sí, evidentemente era una mano agradable de

dedos largos y elegantes, pero la caricia era demasiado casta como para despertar cualquier tipo de interés. O debería serlo. Alzó la vista hacia ese rostro magullado y suspiró. Por si no tenía bastante con todos sus problemas, acababa de echarse otro más a las espaldas. Un hombre que no conocía, cuyo rostro estaba tan hinchado y amoratado que provocaría pesadillas a cualquier niño, era capaz de calentarle la sangre con el simple roce de un dedo.